

Una visión cuáquera de la Biblia

Henry J. Cadbury

Traducción de Kjeld Renato Lings

SOBRE EL AUTOR

Henry J. Cadbury (1883-1974), Amigo estadounidense, teólogo, historiador, traductor y escritor, fue erudito eminente, y reconocido como tal, en el estudio de la Biblia y del cuaquerismo. Fue por muchos años el Profesor Hollis de Teología en la Universidad de Harvard. Al participar por gran parte de su vida en el trabajo del Comité de Servicio de los Amigos Americanos (AFSC), él halló un enlace entre estas dos actividades tuyas que era una preocupación por lo que una vez llamó "la traducción social del Evangelio."

SOBRE EL TRADUCTOR

Kjeld Renato Lings nació en Dinamarca en 1944. En 1967 ingresó en la Junta Anual de Amigos Cuáqueros de Dinamarca. En 1976 se graduó como traductor, intérprete y profesor del idioma castellano. Entre otros países, ha vivido en España, México, Cuba y Costa Rica. En la actualidad (1992), realiza estudios de música (piano).

Este ensayo surgió de una presentación por Cadbury el día 9 de noviembre de 1953 (Día de los Fundadores de la Universidad de Guilford) que formó parte de una serie de conferencias, "Ward Lecture Series," coordinada por la Universidad de Guilford. Fue publicado en 1953 por la propia Universidad.

La versión castellana fue revisada originalmente por Roger Rodríguez y Washington Brun. Fue repasada por Loida Fernández antes de ser publicada por la Asociación de Amigos de los Amigos.

Una visión cuáquera de la Biblia

En la Sociedad Religiosa de los Amigos sería erróneo suponer que exista la unanimidad en todo y, por cierto, tal unanimidad no se palpa en algunas materias como, por ejemplo, la función que desempeña la Biblia en la vida religiosa. Por esta razón, no hemos titulado este ensayo *la* visión cuáquera, pues no hay tal cosa. Otro motivo es que cualquier enfoque que sea característico de los Amigos, trátase de los antiguos o de los modernos, no constituye ningún monopolio suyo sino que se aprecia la misma perspectiva en amplios sectores al margen del cuaquerismo.

Para la época antigua, este hecho queda señalado por numerosos estudios modernos, principalmente de las plumas de Rufus M. Jones y Geoffrey F. Nuttall. En su libro *The Holy Spirit in Puritan Faith and Experience* [El Espíritu Santo en la fe y experiencia del puritanismo], este último presenta las ideas religiosas de la Inglaterra del siglo XVII de forma tal que logra demostrar hasta qué punto el cuaquerismo tenía mucho en común con todos los puritanos, solamente que los Amigos se encontraban a un extremo de un espectro graduado.

Probablemente esto también sea cierto hoy en día, especialmente si William James tenía razón al afirmar: "En la medida en que las sectas cristianas de la actualidad están en un proceso de desenvolvimiento que las lleva rumbo a la liberalidad, estarán simplemente regresando en lo esencial a las posiciones que adoptaron hace tantos años Fox y los cuáqueros primitivos." Por tanto, es posible que a los cristianos de una serie de iglesias diferentes les parezca aceptable este ensayo, al mismo tiempo que éste refleja el tipo de criterio acerca de las Escrituras que coincide con el genio de la tradición cuáquera.

A primera vista, la visión cuáquera de la Biblia parecería ser de menos respeto que aquélla que se hace patente en algunos otros grupos. Esto se debe a varios factores históricos, entre los cuales sobresale el reconocimiento por parte de los Amigos de la

existencia de otras fuentes de revelación. Cabe señalar que, a partir del momento en que se admite cualquier fuente de autoridad nueva o desconocida, se diría que se trata de una forma de restarle importancia a los pilares tradicionales; o inclusive, de un acto de agresión contra los mismos.

En la medida en que el cuaquerismo hace hincapié en la presencia contemporánea del Espíritu Santo y la orientación inmediata de Dios, o bien, en la universalidad de la Luz salvadora de Cristo, todas las modalidades externas y tradicionales de la religión parecen eclipsarse en cierto grado. Por mero contraste con la esencia del cuaquerismo, el Cristo histórico y la revelación histórica, la Iglesia con sus sacramentos y su clero y hasta con su libro sagrado adquieren una apariencia de inferioridad.

En este aspecto nuestros antepasados de hace tres siglos simplemente fueron llevando adelante, y por inducción lógica, lo que la Reforma inició y dejó inconcluso. La interrogante de fondo que realmente merecería un análisis detenido quizás sea el porqué los Amigos no avanzaron aun más por ese camino.

En lo que se refiere a las Escrituras, los Amigos se valían de varios contrastes, muchos de los cuales no eran excepcionales en aquella época. Ocupaban posiciones paralelas al sector espiritual del puritanismo de la Inglaterra del siglo XVII con su anticlericalismo, su énfasis en la experiencia religiosa y su reavivamiento de la creencia en el Espíritu Santo. En contraste con esto, las Escrituras aparecen relativamente externas, literales y tradicionales, siendo que el mismo apóstol Pablo contrapone la letra al espíritu.

Al tiempo que los Amigos aceptaban el parentesco entre la experiencia de su momento y la que se produjo en el pasado clásico, les parecía que el hacer hincapié en el pasado debilitaría la atención que merece el presente. Sentían que lo importante era conocer la experiencia actual en la vida del individuo, más que reconocer la validez de la experiencia ajena en el pasado. Incluso, advertían que la verdad ajena interferiría en ocasiones indebidamente con la vivencia propia, y a los Amigos les importaba señalar los medios más significativos para adquirir la experiencia religiosa.

Vamos a citar un ejemplo concreto que se basa en la primera declaración pública de Jorge Fox de la que queda constancia y que lo llevó a su primer encarcelamiento. En esa ocasión este Amigo contradecía al sacerdote de la iglesia anglicana de la ciudad de Nottingham quien predicaba que la palabra segura de la profecía mencionada en 2 Pedro 1.19 era “las Escrituras mediante las cuales habrían de examinar todas las doctrinas, religiones y opiniones.”

Fox relata así el episodio en su *Diario*:

Ya el poder del Señor venía con tal fuerza sobre mí que no pude resistir sino que me vi obligado a exclamar diciendo: “Ay no, las Escrituras no son.” Entonces les expliqué lo que era, que se trataba del Espíritu Santo mediante el cual los hombres santos de Dios produjeron las Escrituras y por el cual habría que poner a prueba todas las opiniones, religiones y juicios; porque este Espíritu llevaba a toda la verdad, dando, por consiguiente, conocimiento de toda la verdad. Los judíos tenían las Escrituras y no obstante resistieron al Espíritu Santo y rechazaron a Cristo, estrella resplandeciente de la mañana . . . Mientras yo declaraba esto entre ellos, vinieron los oficiales y me sacaron de allí y me llevaron luego a una cárcel repugnante y apesosa.¹

La Amiga Margaret Fell describe así la ocasión en que conoció a Jorge Fox, oyéndole hablar en la iglesia anglicana del pueblo de Ulverston:

Las primeras palabras que expresó fueron las siguientes: “No se es judío en lo externo . . . sino en lo interno . . .” Y luego siguió adelante abriendo las Escrituras y diciendo que éstas eran las palabras de los profetas, las palabras de Cristo y de los apóstoles, que lo que hablaron lo disfrutaban, y lo poseían y que aquello procedía del Señor. Y dijo: “Entonces ¿cómo pudieron redactar las Escrituras si no llegaban todos al Espíritu que las hizo redactar? Dirás que Cristo dijo esto y los apóstoles aquello, pero ¿tú qué puedes decir? ¿Eres un hijo de la Luz y has caminado en la Luz, y lo que tú hablas, procede internamente de Dios?” etc. Aquello me penetró hasta el corazón y entonces vi claramente que todos andábamos equivocados. Así es que me volví a sentar en mi banca y me eché a llorar amargamente; y en mi espíritu

clamé al Señor, diciendo: “Todos somos ladrones, todos somos ladrones, hemos tomado las Escrituras de palabra y no las conocemos nada en nuestra propia vida.”²

En estos tiempos de incineración de libros y hasta de Biblias, es interesante saber que los Amigos primitivos fueron objeto de sospechas de llevar a cabo tales prácticas. Yo no estoy convencido de que tal fenómeno haya ocurrido, o si es que lo hubo, quizás no se trató de más de uno o dos casos de actos de fanatismo. Un Amigo concreto llamado John Pennyman, individuo de temperamento bastante desequilibrado, por lo menos habló de quemar una Biblia en público y declaró que tal vez lo haría si recibía del Señor un impulso en tal sentido.

El famoso Henry More escribió:

Pienso que la quema de la Biblia realmente no se aleja tanto del espíritu de un cuáquero de verdad, siendo que la letra de ella le inspira tan poca fe. Porque tal incredulidad elimina el mero sentido de la Biblia, mientras que el fuego consume únicamente el papel.³

De los clérigos de la época era característico, al referirse a las Escrituras, el empleo de la frase “la palabra de Dios.” Fox y Barclay y otros Amigos manifestaron su desacuerdo con ese uso, siendo una de las razones el hecho de que la misma Biblia se refiere en estos términos a Cristo. En la época actual, y más que nunca, la teología bibliocéntrica emplea el término con suma frecuencia.

Otra característica de la época era la veneración a la Biblia como norma única de fe y de acción. Al negar la autoridad universal y exclusiva de las Escrituras, el cuaquerismo les parecía a los demás que incurría en nada menos que en una blasfemia, en tanto que la norma que él señalaba en su lugar—la experiencia de la orientación divina en el presente—les parecía a sus contemporáneos excesivamente subjetiva, desconfiable y carente de uniformidad y precisión.

A pesar de suscitar así frecuentes acusaciones de insubordinación contra la autoridad de la Biblia, durante muchas generaciones los Amigos han dado prioridad a la fuente de orientación interior, primero en el individuo y luego—y con eso surge un

importante mecanismo de verificación—en el concurso de la colectividad de Amigos. Estaban convencidos de que la Luz Interior nunca los llevaría a cometer actos que mereciesen el calificativo de pecado obvio.

Tenemos dos pasajes de Jorge Fox, citados a menudo, que revelan de forma distinta, a la par que encantadora en su ingenuidad, su gran independencia frente a la bibliolatría de su época. Para él, las Escrituras constituyen una confirmación de la verdad más que una fuente de ésta; y el individuo inclusive puede invocar la revelación a pesar de la existencia del libro sagrado. Al narrar una de sus primeras iluminaciones dice:

Esto lo vi en los claros puros de la Luz, sin la ayuda de ningún ser humano, ni tampoco sabía entonces dónde hallarlo en las Escrituras, aunque después, escudriñándolas, lo hallé.⁴

Posteriormente escribe *An Encouragement to all the Faithful Women's Meetings in the World* [Un estímulo a todas las juntas de mujeres fieles del mundo]. Después de citar docenas de ejemplos sacados del Antiguo y del Nuevo Testamento concluye:

Y si no existieran las Escrituras para nuestras juntas de hombres y de mujeres, Cristo sería suficiente, quien restituye al hombre y a la mujer a la altura de la imagen de Dios para que se complementen en rectitud y santidad, como vivieron antes de su caída.⁵

Lo que podría esperarse de la actitud cuáquera frente a la Biblia no siempre ha ocurrido. Sería lógico prever fenómenos como negligencia y hasta hostilidad, pero por lo contrario y no pocas veces, los Amigos han respetado y usado la Biblia tanto como sus contemporáneos u opositores. Es cierto que se han dado casos de abandono de la Biblia entre los Amigos, pero raramente como producto de una norma consciente, y jamás se negaron a recurrir a ella al verse inmiscuidos en discusiones con aquéllos que profesaban creer en la autoridad del libro. Esto se desprende de los debates antiguos, como cuando Jorge Fox se vio frente a frente con personas que creían que “las mujeres no tienen alma; nada más que un ganso,” y les respondió citando sencillamente las conocidas palabras del evangelio: “Entonces María dijo: Engrandece mi alma al Señor.”

Tal uso de la Biblia no debe considerarse como un simple acomodo frente a los opositores como un *argumentum ad hominem*. La verdad es que algunas de nuestras creencias cuáqueras parecen descansar, a primera vista, sobre un biblicismo y literalismo que en nuestros días no nos convencería a nosotros mismos ni a nuestros opositores. El hecho de que nos neguemos a prestar juramento, a los Amigos nunca nos ha parecido requerir razones más explícitas que aquellos dos pasajes claros, uno de Mateo y otro de Santiago, que prohíben los juramentos.

Antiguamente los Amigos se mofaban del hecho de que les ordenaran prestar juramento sobre un libro que dice explícitamente: “No juréis de ninguna manera,” y decían que si a los Amigos los llevaban presos por rehusar tal acción, a la misma Biblia habría que encarcelarla. Con independencia de las bases razonadas, concomitantes o inconscientes que tenga nuestro pacifismo cuáquero de la época actual, nuestros antecesores en esta fe, tanto cuáqueros como precuáqueros, hallaron que el Nuevo Testamento les daba toda la justificación que para ello necesitaban; incluso el Antiguo Testamento les proporcionaba la regla de oro y el “no matarás.”

Históricamente hablando, hay que reconocer que los Amigos recurrieron considerablemente a la Biblia—de forma selectiva, como lo hizo otra gente—y supieron citar la Escritura a la manera del Diablo, según reza el dicho, para sus propios fines. Al actuar así demostraron que no podían desligarse totalmente de la práctica de su ambiente y que ni siquiera se lo proponían.

Donde su ambiente era menos bíblico que el de la Inglaterra del siglo XVII, modificaron de forma consciente o inconsciente su proceder. Y ya que sus creencias incluían la tesis de que el conocimiento de la salvación estaba al alcance de los pueblos que vivían al margen de los límites geográficos del cristianismo—hasta el turco pagano y el indígena de América—ajustaron su doctrina para hablar a la conciencia o a “lo de Dios en todo ser humano.” Incluso Fox cita el Corán y no a la Biblia al escribir al Gran Turco.

Como es lógico, los detractores de los Amigos acusaron a éstos de descuidar la Biblia y quizás hasta hoy sospechan que abriguemos puntos de vista nada saludables acerca de la misma.

Antiguamente se decía que en las escuelas de los Amigos el *Diario* de Jorge Fox ocupaba el puesto de honor y no así el estudio bíblico; pero los Amigos refutaban tales comentarios. Sin duda, a alguna gente le resulta chocante que en el culto cuáquero no programado la Biblia no sea evidente, que no se lea en voz alta y que, a veces, se le cite poco; por cierto, yo no voy a justificar esta ausencia ni mucho menos el que haya disminuido notablemente la práctica, entre las familias de Amigos, de leer la Biblia colectivamente, costumbres que en tiempos pasados caracterizaba en muchos lugares al ambiente cuáquero.

Tal vez esta tendencia menguante sea menos reciente de lo que nos imaginamos. Al recorrer los Estados Unidos en el año 1837, el Amigo británico Joseph John Gurney observaba a los Amigos que allí vivían:

Con mucho, la mayor deficiencia de todas las que veo generalmente, es la falta de diligencia y de regularidad en la lectura de la Escritura en el seno de la familia. . . . Algunos hábitos de la gente desfavorecen tal práctica, pues desayunan a las siete de la mañana y, al terminar un grupo de ellos de tomar su alimento, entra otro grupo a sentarse, y así sucesivamente durante un tiempo considerable. Lo mismo pasa a la hora de la cena, que se toma a las seis de la tarde, y también a la comida de la una y media. Yo me ajusto casi sin dificultad a los horarios y modos de vivir de ellos, y estoy gozando de excelente salud. En lo que atañe al vino y la cerveza, son artículos casi desconocidos, y pienso que voy a aprender a vivir sin esos estímulos.⁶

Es comprensible la nostalgia que siente el Amigo Gurney por las holgadas comidas con todos en Earlham Hall, su hogar en Inglaterra, donde existía un momento fijo y ordenado para el culto al que asistía la familia entera junto con toda una hueste de sirvientes y criados. Pero él comprendió las dificultades y diferencias que se planteaban en el panorama norteamericano.

Lo que pensaban a menudo los Amigos de sus opositores era que, para todo ese uso de la Biblia, ellos eran quienes no le hacían caso. Recordemos estas palabras del evangelio [Revised Standard Version]: "Vosotros escudriñáis las Escrituras, porque os parece que en ellas tenéis la vida eterna; pero no queréis venir

a mí para que tengáis vida." Con su creencia en la revelación continua del Espíritu Santo—el mismo Espíritu que inspiró a los autores de las Escrituras—los Amigos han señalado la importancia de la experiencia personal así como del conocimiento de la Biblia.

Al igual que muchos puritanos que se resistían a entonar los salmos de David sin compartir el estado espiritual del autor, los Amigos se oponían, calificándola de hurto, a la apropiación de la Escritura sin conocer de primera mano la experiencia. Al escuchar por primera vez el mensaje cuáquero, la Amiga Margaret Fell sollozó: "Todos somos ladrones."

En la terminología moderna, el peligro que representan las Escrituras en su forma externa es el de hacer caer al usuario en un mero nominalismo. A veces la apropiación de esas palabras y frases como autoritativas viene a ser un sustituto de la experiencia muy personal de la que no son más que un reflejo. Los Amigos saben demasiado bien cuán fácil es que coexistan la aceptación verbal o mental por un lado y, por otro, la ignorancia del hecho o el rechazo en la práctica. En la época actual, las doctrinas (las "naciones" según Jorge Fox) tienden a veces a usurpar la atención en detrimento de la experiencia real; en otras palabras, la profesión sustituye a la posesión. Tales corrientes en ocasiones hasta se ponen de moda, como la que hoy en día recibe el nombre de "teología bíblica."

Para nosotros tiene simbolismo el relato de los hijos de Esceva en el libro de los Hechos. Ellos se propusieron echar fuera demonios pronunciando el nombre del Señor Jesucristo sobre los que tenían espíritus malos, diciendo: "Os conjuro por Jesús, el que predica Pablo"; pero el espíritu malo les responde: "A Jesús conozco y sé quién es Pablo; pero vosotros, ¿quiénes sois?" Recordamos el resultado desastroso de aquella empresa, y este ejemplo demuestra claramente la inutilidad de intentar sacar provecho de la autoridad ajena.

Y no es que la Biblia en sí sea perjudicial; lo es el abuso de ella al convertirla en un sustituto de lo que ella testifica. "¿Por qué os adornáis de las palabras de los santos si ignoráis la vida?" preguntaba el Amigo Francis Howgill hace tres siglos.⁷ Y en tiempos más recientes, un Amigo escribe:

Los hombres sustituyen la experiencia viva del amor de Dios por la tradición. Hablan y piensan como si el caminar con Dios se alcanzara siguiendo los pasos de los hombres que caminaron con Dios.⁸

En un ensayo notable y bien redactado, el Amigo William Penn se refiere a los críticos del cuáquerismo de su época, diciendo:

Con lenguas clamorosas y dando voces exclaman así contra nosotros, según esta manera desordenada e injusta, diciendo que los cuáqueros niegan las Escrituras; que los cuáqueros dicen que no reconocen su autoridad; que los cuáqueros afirman que es peligroso leerlas; pero yo digo en su nombre: Bienaventurados aquéllos que al leerlas las entienden de verdad y viven acorde con ellas.⁹

William Penn continúa señalando que varios representantes respetables de la ortodoxia han comprendido claramente, como los cuáqueros, que las Escrituras no valen nada si él que las usa no comparte por experiencia propia—"experimentalmente" es la palabra empleada en el siglo XVII—las mismas cosas obradas en su corazón por el Espíritu. De igual manera, las Escrituras han de comprenderse sólo en la medida en que uno mismo procede "en el Espíritu que las produjo." Uno de los curiosos testimonios no cuáqueros en tal sentido, citado por un Amigo primitivo, es un diálogo ocurrido en la ciudad de Amsterdam con un judío anónimo; se trata probablemente de Baruch Spinoza cuyos escritos alcanzarían la fama en épocas posteriores.¹⁰

Esta visión cuáquera de las Escrituras no ha causado que los Amigos hayan menospreciado el conocimiento de la Biblia, tanto a nivel técnico como popular; pero sí han insistido en que tales conocimientos no habilitan por sí solos a las personas para que se dediquen al servicio de Dios. De ahí sus palabras tajantes en los tiempos primitivos sobre las escuelas de teología, a las que aplican consecuentemente el término bíblico de "jaula de aves impuras," debido a su énfasis en el estudio de las lenguas bíblicas como eran el griego, el latín y el hebreo. Jorge Fox recuerda a sus lectores que el conocimiento de estos idiomas se asocia con la desagradable figura de Pilato quien los utilizó para la inscripción de la cruz. Otra vez, lo que critican los Amigos en tal ciencia

radica en el problema que causa ésta al ocupar el lugar de la esencia real de las Escrituras.

El Amigo primitivo James Nayler comenta acerca de los requisitos para la formación de sacerdotes:

Tal grado de erudición y tantos años en las universidades de Oxford y Cambridge para estudiar allí durante tanto tiempo diversos libros y escritores antiguos. Y todo ello con el fin de saber qué querían decir aquellos hombres sin estudios, pescadores, aradores y pastores, al pronunciar las Escrituras, a quienes la generación instruida consideraba tontos y locos. . . . Y aun al verse elevados a tales alturas de erudición, las Escrituras continúan siendo un libro sellado a toda su sabiduría y estudios.¹¹

Con todo eso, y al igual que tantos cristianos de su época, los Amigos primitivos conocían bien las Escrituras y estimulaban a sus hijos para que se dedicasen al estudio bíblico, y hasta la fecha han apreciado tanto los estudios elementales como los de niveles más académicos en este terreno. Antes de ingresar en nuestra Sociedad Religiosa, algunos de los Amigos primitivos poseían una preparación teológica muy amplia¹²; tal es, por ejemplo, el caso de Robert Barclay, Fisher, Keith y William Penn. Ellos aprovecharon oportunamente sus estudios y parece que sólo en el presente siglo encontramos niveles comparables de instrucción académica entre varios miembros de esta Sociedad.

No podemos hablar aquí de los letrados cuáqueros especializados en el estudio bíblico que han aparecido a lo largo de los tres últimos siglos. Lo cierto es que hasta las personas ingenuas y confiadas han llevado a este libro su curiosidad y sus inquietudes, o sea, su interés por la historia y el contenido del mismo. Personalmente nos alegramos de tener constancia de una recomendación de Jorge Fox para que se tradujera el Nuevo Testamento "al idioma y lengua materna de toda persona,"¹³ y para un hombre de tan reducidos recursos académicos él demuestra un inesperado interés por la comparación de diferentes traducciones al inglés de los textos bíblicos que estaban a su alcance.¹⁴

Convencidos de que la revelación divina no se limitaba a las Escrituras, los Amigos primitivos no se dejaban impresionar por los límites arbitrarios del canon bíblico. Al usar los libros

apócrifos del Antiguo Testamento no diferían mucho de otros protestantes de la época, pues la aversión protestante a estos libros se ha incrementado en tiempos modernos. La curiosidad que manifestaban los Amigos por otros libros, ya perdidos o a los que se les atribuía un origen muy antiguo, era la expresión natural de su criterio, de que la revelación divina no se inició con Moisés ni tampoco concluyó con los apóstoles.¹⁵

Esta visión de la Biblia se puede enunciar en términos positivos y de diferentes maneras, una de las cuales podríamos nombrar "Operación espejo." Declara Robert Barclay:

A Dios le plugo que viéramos en esto, como en un espejo, las condiciones y experiencias de los santos de antaño, para que descubriésemos que las experiencias nuestras coincidían con aquéllas. Tal hallazgo nos sirve de confirmación y consuelo, reforzando nuestra esperanza de alcanzar el mismo fin. . . . Esta es la gran obra de las Escrituras y su provecho para nosotros, que demos testimonio a su cumplimiento en nuestra vida y que sepamos discernir la marca del Espíritu y de los caminos de Dios en ellas mediante el conocimiento interior que tenemos en el corazón del mismo Espíritu y de esta obra.¹⁶

Podemos realizar un experimento análogo titulándolo "Operación diccionario." Cabe aclarar que la función del diccionario, como la de la Biblia, es objeto de frecuentes equivocaciones y conceptos erróneos por parte de los usuarios. El diccionario no es la autoridad que dicte la manera en que han de emplearse las palabras, sino más bien se trata de un catálogo del uso general de las palabras y de lo que comúnmente significan. De forma análoga, la Biblia no es una dictadora que rijan nuestra conducta y nuestra fe, sino más bien constituye el historial de personas que eran modelos de fe y de virtudes. En este sentido la Biblia desempeña en el campo de la religión el papel que tiene el diccionario en el terreno del habla. Su valor reside en su concordancia con la experiencia personal, o con la verdad, como los Amigos solían usar el término.

Lo que hay de verdad en la Biblia está ahí porque es la verdad, pero lo que le da el signo de la verdad no es el mero hecho de figurar en las páginas del libro. Lo que sucede es que sus experiencias se hacen eco de las nuestras, o sea, hay corres-

pondencia entre unas y otras, y éste viene a ser el hallazgo de generaciones de lectores de la Biblia. La idea se expresa así en las palabras de S. T. Coleridge: "Lo que yo hallo en las Escrituras es lo que me halla a mí."¹⁷

Raras veces podemos ir a la Biblia en busca de la respuesta directa a una interrogante dada; en tal sentido es menos práctica que el diccionario. Que yo sepa, no se puede diseñar ninguna clase de índice para que la Biblia nos dé respuestas fáciles a las preguntas que nosotros le queramos hacer. Sin embargo, y de una manera mucho más fecunda, este libro nos brinda respuestas a interrogantes que nosotros no le estamos planteando directamente y así lo podrá seguir haciendo si tenemos oídos para oír y ojos para ver a lo largo de las distintas circunstancias de nuestra vida.

No es fácil aprovechar al máximo tal modo de valerse de la Biblia. En el mejor de los casos se trata de un libro difícil, a menudo desconcertante y nebuloso y muchas veces mal redactado. Si oigo a la gente hablar de la sencillez del evangelio me pregunto hasta qué punto ésas son personas que con poca cosa se quedan satisfechas. A la hora de la verdad, me parece que simpatizo un poco con el doctor Samuel Johnson en el momento en que la Sra. Knowles, Amiga, está justificando el paso de la joven Jenny Harry de la iglesia anglicana al cuaquerismo con estas palabras: "Tenía delante de ella el Nuevo Testamento." "Señora," replicó Johnson, "ella no entendería el Nuevo Testamento, el libro más difícil del mundo, para el cual se requiere el estudio de toda una vida."

Ahora bien, nuestra apropiación de la Biblia, o mejor, el que le demos permiso para que se apropie de nosotros, nos exigirá mucho más al tiempo que nos recompensará mucho más que algunas otras formas de manejarla. Así es que no dependeremos de que se produzca alguna clase de efecto mágico, con la ilusión de que un texto por aquí y otro por allí hagan las veces de pastillas medicinales de forma casi sobrenatural. Nos convendrá tener una perspectiva y un campo de acción mucho más amplios.

La gente habla de la Biblia en términos de revelación. Sin embargo, lo importante es aprender de ella acerca de cómo Dios revela las cosas en vez de qué es lo que revela, si es que desea-

mos compartir sus experiencias y no solamente sus expresiones. De forma análoga, sería más provechoso procurar entender cómo pensaba Jesucristo que tratar de entender qué cosas pensaba, si es que deseamos aprender a pensar por nosotros mismos en imitación de su ejemplo.

El no proceder de acuerdo con este método equivaldría a quedarse contento con lo secundario y a excluir automáticamente lo mejor de todo. ¡Cuántas cosas nos puede enseñar la Biblia tomada en su conjunto que no conseguiremos si nos conformamos con algunos pedacitos! Ahí la tenemos abarcando más de mil años y proporcionándonos la perspectiva de la religión en el tiempo, siempre en vías de desarrollo y de cambio, y llevando al lector desde una manifestación de la gracia a otra.

Ahí está también su evidencia clara de la variedad que reina en el campo de la experiencia religiosa y que no concuerda con el tipo de camisa de fuerza que casi todas las iglesias, inclusive los Amigos, se han visto tentadas a veces a imponer en detrimento de la diversidad que reina en la Biblia. Escoger de este libro una sola hebra significa privarse de algunos aspectos de su riqueza, pues en la Biblia hay una feliz abundancia hasta de aquellas cosas que nos parecen extrañas e inaceptables.

Las necesidades de las personas de hoy, hay que medirlas en parte por su dificultad de entender lo que difiere de su manera de ser. En este aspecto la Biblia nos brinda un servicio nada despreciable, pues lo que se requiere del lector es paciencia así como voluntad de explorar lo desconocido, y para la imaginación el libro ofrece ejercicio y disciplina en una medida que responde a las agudas necesidades de nuestra época, por ejemplo a nivel político, por mencionar uno solo.

Además de ello, la Biblia constituye una escuela de adiestramiento en el arte de saber distinguir entre diversas opciones. Uno de los hechos más sobresalientes, que invita a la reflexión, es que no se trata generalmente de un libro pacífico, y con eso me refiero a la paz espiritual; más bien la Biblia se compone de una larga serie de controversias entre criterios rivales sobre la religión.

Lo que llama la atención es que, en prácticamente todos los casos, las personas que resultan estar equivocadas según el tes-

timonio bíblico tenían motivos de sobra para pensar que les asistía la razón y, como nosotros, de hecho así pensaban. Desde el principio del drama hasta el fin, a la ortodoxia autocomplacida le toca desempeñar repetidamente el papel del malo, mientras que el héroe aparece en la figura del retador como Job, los profetas, Jesús y Pablo.

Para comprender cabalmente estas dimensiones más amplias de las Escrituras, necesitaremos ante todo conocerlas más y mejor. Un problema que urge resolver radica en saber cómo implantar en la generación actual, trátase de jóvenes o mayores, el hábito de estudiarlas; no obstante, necesitaremos algo más que un conocimiento verbal de índole superficial.

Desde hace muchos años el autor del presente ensayo se dedica a la traducción de los libros bíblicos del griego al inglés. Pocas personas que no han tenido la experiencia se imaginan las numerosas y variadas dificultades inherentes a esta tarea multifacética; sin embargo, y con todo esto, estamos aquí refiriéndonos al mero proceso de pasar de un grupo de palabras a otro y de un idioma a otro. Si esta labor traductora ha de concretarse con dignidad, se planteará el imperativo de realizar un esfuerzo concienzudo y de un alto nivel técnico.

La visión que hemos estado analizando hasta aquí va mucho más allá de los aspectos lingüísticos, ya que se trata de la traducción del lenguaje a la vida y de las palabras a su encarnación. También para este aspecto señalaremos el valor del esfuerzo concienzudo que no será menos formidable que el del traductor lingüístico; porque el logro de tales resultados de la Biblia llegará de forma intrínseca y no como producto de la interpretación subjetiva a base de criterios preconcebidos. Estos frutos serán genuinos y no imitativos, objetivos y no sólo de palabra; aparecerán de modo inconsciente y no como resultado de una búsqueda específica, reconociendo y no censurando los otros medios de la revelación divina.

NOTAS

1. *Journal* [Diario], edición de 1901, i. 43.
2. *Ibid.*, ii, 512.
3. M.H. Nicolson: *Conway Letters* [Cartas de Conway], 1930, 306.
4. *Journal* [Diario], i. 34.
5. *Epistles* [Epístolas], número 320 (1676).
6. *Journal of Friends Historical Society* [Boletín de la Sociedad Cuáquera de Estudios Históricos], xxxii, 1935, pp. 40 ss., una carta sobre la Junta Anual de Ohio.
7. Francis Howgill: *A Lamentation for the Scattered Tribes* [Un lamento por las tribus dispersas], 1656.
8. William Charles Braithwaite: *Spiritual Guidance in Quaker Experience* [La orientación espiritual en la experiencia cuáquera], 1909.
9. *The Invalidity of John Faldo's Vindication* [La invalidez de la justificación de John Faldo], 1673 (*Works*, edición de 1726, ii. 357).
10. Véase mi artículo en *Mediaeval and Renaissance Studies* [Estudios del Medioevo y del Renacimiento], Warburg Institute, Londres, i., 1941, pp. 130-132.
11. *Works* [Obras], p. 43.
12. Tenemos una interesante declaración sobre este problema por parte de un Amigo que al parecer ingresó en la Sociedad hace trescientos años en un momento en que se dedicaba a formar sacerdotes en el Colegio de la Trinidad de la universidad de Cambridge: James Jollie en *Journal of Friends Historical Society* [Boletín de la Sociedad Cuáquera de Estudios Históricos], xxv, 1928, 54 ss.
13. *Gospel Truth Demonstrated* [La verdad del evangelio demostrada], p. 742.
14. Véase mi artículo "George Fox and Seventeenth Century Bibles" [George Fox y las Biblias del siglo XVII], en *Journal of Friends Historical Society* [Boletín de la Sociedad Cuáquera de Estudios Históricos], xxi, 1924, pp. 1-8.
15. Véase mi ensayo titulado "Early Quakerism and Uncanonical Lore" [El cuaquerismo primitivo y la tradición extracanáonica] en: *Harvard Theological Review* [Revista Teológica de Harvard], xl, 1947, pp. 177-205.
16. *Apology* [Apología], proposición III, sección V.
17. S. T. Coleridge: *London Discourses* [Disertaciones londinenses], I. 102.

LITERATURA EN INGLES RECOMENDADA POR EL AUTOR

Los Libros de Disciplina de diferentes juntas anuales (consúltese el índice para las referencias a "Biblia" o "Escrituras").

Robert Barclay: *An Apology for the True Christian Divinity* [Apología de la verdadera teología cristiana], 1676 y ediciones posteriores, Proposición III.

A Reasonable Faith [Una fe razonable], por tres "Friends" [Amigos]. Edición revisada, 1885, último capítulo.

J. W. Graham: *The Faith of a Quaker* [La fe de un cuáquero], 1920, pp. 137-143.

H. G. Wood: *Friends and the Scriptures* [Los Amigos y las Escrituras], [1926].

A. N. Brayshaw: *The Quakers: Their Story and Message* [Los cuáqueros: su historia y mensaje], tercera edición, 1938, capítulo IV.

Rufus M. Jones: *A Call to What Is Vital* [Un llamamiento a lo que es vital], 1948, capítulo IV.

M. A. Creasey: *The Contribution of Bible Study to the Life of Our Meetings* [La aportación del estudio bíblico a la vida de nuestras juntas], 1949.

C. M. Woodman: *Quakers Find a Way* [Los cuáqueros encuentran un camino], 1950, capítulo 11.

A. W. Swayne: *The Use of the Bible in Religious Education* [El uso de la Biblia en la educación religiosa], c. 1951.

INDICE BIOGRAFICO

BARCLAY, Robert (1648-1690): Amigo escocés; teólogo y escritor.

COLERIDGE, Samuel Taylor (1772-1834): poeta y filósofo inglés.

FELL, Margaret (1614-1702): Amiga inglesa.

FISHER, Samuel (siglo XVII): Amigo inglés.

FOX, Jorge [George] (1624-1691): Amigo inglés, figura principal del cuaquerismo primitivo.

GURNEY, Joseph John (1788-1847): Amigo inglés.

HOWGILL, Francis (1618-1669): Amigo inglés.

JAMES, William (1842-1910): filósofo y psicólogo estadounidense.

JOHNSON, Samuel (1709-1784): escritor y lexicógrafo inglés.

JONES, Rufus M. (1863-1948): Amigo estadounidense.

KEITH, George (1639-1716): Amigo escocés.

MORE, Henry (1614-1687): filósofo y poeta inglés.

NAYLER, James (1617-1660): Amigo inglés.

NUTTALL, Geoffrey F. (1911—): Amigo historiador.

PENN, William (1644-1718): Amigo inglés; fundador del estado de Pensilvania, EE. UU.

PENNYMAN, John (1628-1706): Amigo inglés.

SPINOZA, Baruch (1632-1677): filósofo holandés de origen portugués.

Versión castellana publicada 1992
LA ASOCIACION DE AMIGOS DE LOS AMIGOS
The Wider Quaker Fellowship
un programa de la Sección de las Américas del
Comité Mundial de Consulta de los Amigos (CMCA/FWCC)
1506 Race Street
Philadelphia, PA 19102 USA